

Amor a primera vista. Palomitas de maíz, bigotes y arena para gatos

Laura Isabel Rincón Muñoz

Estoy en casa, es sábado pero decidimos quedarnos y disfrutar de una maratón de películas en familia. Bueno, solo mamá y yo porque papá está trabajando, y no es que deba ir los fines de semana, pero tenía que hacer una conferencia importante.

El clima ha estado bipolar estos días porque cuando desperté, el sol brillaba y se colaba por la ranura que se lo permitía; ahora, ha empezado a llover. La verdad, no me molesta, es el clima perfecto para ver películas. El aire ya huele a crispetas, mamá está en la cocina haciendo té helado y esperando a que explote el último grano de maíz; mientras tanto, voy a buscar la película que vamos a ver en Netflix.

Saco dos cobijas del armario, son acolchadas y perfectas para el frío ocasionado por la lluvia. Voy hasta el cuarto de mamá y papá, tomo sus almohadas y las llevo a mi habitación. Tengo todo listo. Cuando voy a buscar a mamá en la cocina, la veo venir por el pasillo con un balde crispetas y dos botellas de té helado. Corro y le ayudo a llevar las botellas de té; ella regresa a la cocina ¿Más comida?

Espero y ¡gomitas! Mami sí que me conoce, tarde perfecta.

Ya hemos visto las películas, ambas selección de mamá, por lo tanto, han sido comedias románticas. Por una parte, me gustan; aunque la próxima será de aventura, menos mal porque no quiero reír o llorar más. Cuando voy a mirar la selección de películas de acción, suena el teléfono móvil de mamá; ella sale corriendo. El teléfono está en la cocina. Al momento regresa pero se queda en la sala. Logro escuchar la siguiente conversación:

— Sí, te entiendo.

Luego, hay una pausa larga. Pienso que seguro sucedió algo importante. Tal vez mi primo se metió en un problema muy grave. Me mueve la curiosidad y grito fuerte:

— ¡Mami, quién es...?

— Es tu padre, Elizabeth. Espera un momento y ya te paso la línea.

Pensé que por fin mi primo Andrés había logrado colorear la piscina de mis tíos, de verde lima. Es decepcionante. Ya lo superaré.

Y mi mamá sigue en el teléfono. Dice:

— ¿Es en serio? No creo que podamos hacernos cargo de dos, uno está bien, voy a hablar con Miriam, ella puede querer el otro.

Mientras tanto, pienso: vamos a adoptarlo seguro es alguna pieza de porcelana cara, papá las adora. Cuando me doy cuenta, mi mamá está de regreso a la habitación, ya está lista para ver la otra película. No aguanto las ganas y le pregunto qué quería mi papá.

— Oye, mami. ¿Cómo le ha ido a mi papá en la conferencia? Lo hago sutilmente para llegar a lo importante, sin ser obvia.

— ¡Oh! No era nada. Quería preguntarme si había espacio para otra figura de porcelana.

Ah, bueno. Y enseguida pienso: Nada interesante.

Son como las 6:30. Papá llamó hace rato preguntando qué queríamos de cenar. Mi elección fue simple: pasta con la salsa que sea. No acostumbro a comer tan tarde pero hoy ha sido un día por fuera de la rutina.

Por fin llegó papá. En una mano tiene una bolsa de mi restaurante favorito de pastas y en la otra...un maletín de cuero color miel, que nunca había visto. Sin embargo, no reparo mucho en ello. Voy a saludarlo y le recibo la comida. Me saluda como siempre, con un sonoro beso en la frente. Luego saluda a mi mamá, como se supone que los padres no se deben besar delante de sus hijos. Incómodo.

Coloco la bolsa de la cena en el comedor, empiezo a alistar los platos y un olor a pasta Alfredo invade el comedor. Antes que pueda ir a la cocina por tenedores y cucharas, mi papá grita desde la sala:

— ¡Hija! Ven. Deja en paz la pasta. Ya habrá tiempo para comer. Te traje algo mejor que pasta Alfredo.

Enseguida pienso: ¿Algo mejor que la pasta Alfredo? No creo posible. Pero igual, voy.

Cuando llego a la sala, mamá está medio feliz, medio histérica, medio encantada: así como son las mamás el 90% del tiempo. Papá tiene una sonrisa de oreja a oreja y yo no tengo idea de lo que pasa. Luego, me fijo en el maletín que ahora sé que es un Gucci, con un diseño retro, de varios juegos de agarraderas y un único compartimiento, muy grande. Está sobre el sofá y es el centro de atención.

No puedo dejar de reír y digo:

— Me compraste un Gucci de los 70? Típico en mí, pero es un bolso para mi abuelita.

— No, Lizzie, dice mi papá. El bolso hay que regresarlo a su dueña. Lo nuestro está adentro pero no quiere salir.

— ¡Haberlo dicho antes! Camino o corro hacia el sofá... ¿A quién no le gustan las sorpresas?

Ya junto al maletín, busco y no veo nada. Luego, unos ojos azules miran los míos, entre asustados y expectantes. Ambos damos el primer paso. Pongo mis manos sobre el Gucci y él asoma precavidamente sus bigotes por la abertura. Así nos quedamos un rato. Tomo aire, introduzco mis manos en el bolso y sujeto mi regalo. Siento que tiene el pelaje tan suave como el algodón. Lo saco.

Han pasado tres horas. Está dormido junto a mí, sobre las almohadas de la maratón de películas, cosa que no le hace mucha gracia a mi mamá, pero la hemos convencido que así será mientras él se acostumbra a su nuevo hogar.

Mientras papá cena, nos cuenta la historia de Ikaro. Una de las asistentes a su conferencia, -y cliente suya-, había comprado un par de gatitos, sin saber que era alérgica. Cuando la alergia fue imposible, decidió regalarlos pero nadie los quería. Es ahí donde aparecemos nosotros. Papá quedó encantado cuando los vio y llamó a mi mamá para preguntarle si los quería. Papá escogió a Ikaro pero no tuvo corazón para dejar al otro sin hogar, así que llamó a uno de sus amigos y lo convenció de quedarse con Angelina, su hermana.

Ahora Ikaro y Angelina tienen un hogar. Y yo, un nuevo y único amor que durará por siempre. Ikaro está dormido y no quiero despertarlo. Voy a dormir con él.

Ya ha llegado la mañana. Ha llovido durante toda la noche y junto a mí, un rollito de pelos me confirma que lo que sucedió ayer, no fue un sueño.